

LA SÁTIRA DEL «BEL CANTO»  
EN EL SAINETE INÉDITO DE  
D. RAMÓN DE LA CRUZ:  
*EL ITALIANO FINGIDO*

Por LUIGI DE FILIPPO

— Corrales y Madoz, L., *Crónica de la ópera italiana en España desde el año 1738 hasta nuestros días*, Madrid, 1746. — Corrales y Madoz, L., *Orígenes y antedecorados de la ópera en España hasta 1800*, Madrid, 1891. — *Historia de la música en España*, en la *Enciclopedia de la Música y Danza*, editada por el Conservatorio, París, 1925. — *Historia de la música en España*, en la *Enciclopedia de la Música y Danza*, editada por el Conservatorio, París, 1925. — *Historia de la música en España*, en la *Enciclopedia de la Música y Danza*, editada por el Conservatorio, París, 1925.

En 1703 unos cómicos y cantantes italianos obtuvieron permiso del Ayuntamiento de Madrid de edificar en el solar de «los Caños el Peral» un teatro — llamado de «Los Trufaldines», por el nombre de la compañía — y dar sus representaciones en la capital de España.<sup>1</sup>

Eran cómicos de la legua, cantantes sin renombre, gente de la farándula que se habían avenido, más que por verdadero interés artístico, por la necesidad de arrimar a la lumbre el puchero diario. Y sin embargo, fueron ellos los que dieron cabida en los teatros madrileños a la ópera italiana, en un principio recibida con recelo, por la novedad en sí, y un poco también por el idioma, no siempre bien comprendido por el público. Esto no quiere decir que los españoles careciesen

1. CARMONA y MILLÁN, L., *Crónica de la Opera italiana en Madrid desde el año 1738 hasta nuestros días*. Madrid, 1788. — COTARELO y MORI, E., *Orígenes y establecimiento de la ópera en España hasta 1800*. Madrid, 1902. — MITJANA, R., *Historia de la música en España*, en la *Encyclopédie de la Musique et Dictionnaire du Conservatoire*. París, 1920. — SUBIRÁ, J., *El teatro del Real Palacio*. Madrid, 1950.

de tradición musical, no hubiesen visto jamás representaciones mixtas de *recitado* y de *cantado* e ignorasen la existencia de la ópera con música. Suyos, y bien tradicionales, eran los *tonos a lo humano*, que con nuevas modalidades y adaptaciones repetían antiguos motivos musicales, religiosos y viejos cantos sacros ya populares; los *cuatros*, cantatas de tipo polifónico; las *princesas*, cuyo tema musical, cuando no estribaba en motivos populares, frecuentemente llevaba en sí aportaciones melódicas de tipo popular, y, en fin, la alegre y retrechera *tonadilla* que, a decir de Cervantes, se cantaba «en cualquier lugar y ocasión».<sup>2</sup>

Por lo que se refiere a la ópera, y en general a las representaciones con música, no sólo sabemos que España fue una de las primeras naciones que a principios del siglo xvii dispensaron buena acogida a este arte nuevo que llevaba al tablado, del brazo de la música y del canto, al Drama y a la Comedia, sino que en 1629<sup>3</sup> Lope de Vega puso en escena, como «cosa nueva», *La selva sin amor*, égloga dramática, que Cotarelo

2. En *El celoso extremeño* Cervantes (*Novelas ejemplares*, ed. Schevill-Bonilla, II, pág. 180) recuerda tres tonadas: *La estrella de Venus*; *Por un verde prado*, y *A los hierros de una reja | la turbada mano asida*.

3. En Alemania la ópera había sido introducida en 1627, dos años antes del estreno de *La selva sin amor*, por Heinrich Schütz, autor de la música del melodrama *Dafne*.

considera verdadera ópera, cuya música, a decir suyo, fue sin duda alguna italiana.<sup>4</sup> Casi veinte años después, en 1648, Gabriel Bocángel daba a las escenas *El nuevo Olimpo*, mientras Calderón estrenaba, en el Teatro de la Zarzuela, *El jardín de Falerina*, con música del maestro Juan Risco, y, luego, *El golfo de las Sirenas* y *El laurel de Apolo*.<sup>5</sup> Sin embargo, aunque estas representaciones más bien puedan considerarse zarzuelas que verdaderas óperas, no cabe decir lo mismo de *La púrpura de la rosa*, y menos de la comedia *Celos aun del aire matan*, del mismo Calderón, las dos estrenadas con música del maestro Juan Hidalgo.<sup>6</sup> Que fuera deseo del poeta medirse y competir con italianos, alemanes y franceses, no cabe duda.<sup>7</sup> En la *Loa* de *La púrpura de la rosa*, en efecto, hay un diálogo entre unos personajes alegóricos. *Vulgo*, uno de ellos, dice al público que la comedia será

«... toda música; que intenta  
introducir este estilo  
porque otras naciones vean  
competidos sus primores.»

4. COTARELO y MORI, E., ob. cit., págs. 35-36.

5. SORIANO FUERTES, M., *Historia de la música española*. Madrid, 1908, t. III, pág. 115.

6. SUBIRÁ, J., *La música en la Casa de Alba. Estudios históricos y bibliográficos*. Madrid, 1937.

7. La ópera fue introducida en Alemania en 1627, en Francia en 1659, y, mucho más tarde, en 1680, en Inglaterra.

Es una declaración previa, buena para resguardarse de cualquier crítica mal intencionada, torcida, aviesa. Y sin embargo, en seguida se percata uno de que entre renglones anda algo más: la conciencia vígil del poeta que se da cabalmente cuenta de las múltiples dificultades que aquella novedad entraña, que conoce los escollos que debe salvar, los riesgos con que corre por ser aquello extraño, por nuevo y por forastero, y el público siempre muy veleidoso. Son dudas y temores que en la misma *Loa* tienen su eco en otro personaje alegórico, *Tristeza*, quien los repite a *Vulgo*:

«¿No miras cuanto se arriesga  
en qué cólera española  
sufra toda una comedia  
cantada?»

Reparo subsistente, certero y atinado, sobre todo si se considera que no sólo era aquélla una forma de poesía «repugnante a la razón», como escribirá más tarde Eximeno, sino que los españoles tenían ya «piezas pequeñas en música», las *tonadillas*, que servían como intermedios, y «dramas en música», las *zarzuelas*, que mientras conciliaban «el placer del oído con la instrucción del entendimiento»<sup>8</sup> se conformaban más y mejor con la

8. EXIMENO, E., *Del origen y reglas de la Música, con la historia de sus progresos, decadencia y restauración*. Madrid, 1796, t. III, pág. 67.

« . . . . . española  
natural prontitud, acostumbrada  
a una rápida acción, de lances llena,  
en que la recitada cantilena  
es rémora tal vez que no le agrada.»<sup>9</sup>

El recelo del público y la oposición de un reducido número de literatos, músicos y cantantes, que abogan por lo tradicional y castizo, no impiden todavía a la ópera seguir afincándose y ganar adeptos. Así es que Calderón, en el postrer año de su vida, da al teatro, con música del maestro Juan Hidalgo, otra comedia suya, *Hado y divisa de Leonido y Marfisa*, y Clavijo estrena, en 1687, su *Hipermnestra y Linceo*, comedia casi toda ella cantada. No basta. Pronto también la zarzuela empezará con desarrollar y dar mayor relieve a las partes *de cantado*, cuidará de desenvolver la frase musical en períodos de más amplia difusión melódica, orquestrará *arias*, *dúos* y *coros*, según los nuevos cánones; mostrará, en fin, tan evidentes y perspicuos los influjos de la música italiana que en 1724, con sobradas razones, el maestro Barbieri puede decir de la comedia de Cañizares, *Fieras afemina amor*, que es una «zarzuela a la italiana».

Aun con esto, en los teatros de Madrid la ópera, a lo largo del siglo XVII, no es más que

9. IRIARTE, T., *La Música*, B. A. E., t. LXIII.

una manifestación de arte sin continuidad y difusión, para minorías, pues el pueblo — gente cogotuda y manolas, chisperos de Maravillas y esparteros de Atocha, floristas del Prado, limeiras de la calle del Príncipe y castañeras de la plaza Mayor — sigue atestando los antiguos Corrales, donde Ingenios, Saineteros y Entremesistas de la Villa y Corte, dan vida y ser a viejos personajes de su historia, a galanes y damas enamoradas, a santos y a magos, o llevan al tablado algún que otro acontecimiento de su vivir diario.

Durante las primeras décadas del nuevo siglo, la ópera, con su música, con su fastuosa escenografía, con la riqueza y variedad de sus galas, logra adueñarse de las escenas. Sede de su señoría es el Teatro de los Caños del Peral.

Es verdad que en ese coliseo, con las óperas, también siguen poniéndose *zarzuelas*, pero esto es muy de tarde en tarde, pues el Marqués Scotti, director del teatro por «Real decreto» de 25 de diciembre de 1719, que se desvive por lo italiano, no sólo cuida que las representaciones de ópera sean siempre más frecuentes, sino que, valiéndose del favor y la protección de Don Felipe IV, el rey poeta, particularmente después de la llegada a España del cantante Carlos Broschi, «Farinello», da libre entrada al melodrama de

Metastasio y a la música de Corradini, Corselli, Mele, Conforto y Pergolesi. En estos años, desde el escenario del Teatro de los Caños del Peral — ahora caño de armonía —, raudales de música se derraman por estrados, plazas, calles. En los salones, las damas se dejan arrebatarse por aquellas *arias* que las teclas de una espinela van librando entre flamencos tapices y doradas cornucopias; las señoritas, ensayándose con un maestro de música, aprenden *cavatinas* y pasos de garganta; menestrales, oficiales, mozos, canturrean o tararean rondós. «Con el gusto de oír a tantos cantores famosos las mejores arias de Italia — escribe unos años más tarde J. A. Armona — se extendió por Madrid el nuevo gusto de su música, y su decidida afición corrió al instante por todas las capitales de provincias. Apenas había un joven, una señorita, un oficial mozo que no supiese y cantase de memoria el *Misero pargoletto*; el *Padre, perdona*; el *Son regina*; *Se tutti i mali miei*, etc. Corrió, pues, ese gusto (ya hecho gusto de moda) por los estrados en todas las funciones particulares o caseras. Los maestros de música, los compositores y las orquestas lograron por su continuo ejercicio grandes aplausos y fomento... : se aumentó el número de los aficionados, y así se encontraban y a porfía cantaban las arias italianas; los rondós y las ca-

vatinas de los mejores compositores del país.»<sup>10</sup>

Por haber sido en sus años juveniles el autor del *Memorial literario* uno de esos aficionados al «bel canto», alguien quizá juzgue sus palabras no conformes del todo con la realidad y un tanto exageradas. Nada de eso, pues la penetración del melodrama y de la *ópera bufa* entre 1750 y 1758 fue constante, y su difusión tuvo tal alcance, sobre todo por el favor que les otorgó la reina Doña Bárbara de Braganca, que había sido discípula de Scarlatti, que en aquellos años, en el Corral de los Caños del Peral, y luego también en el Teatro del Buen Retiro, no se representó obra que no fuera italiana, ni se oyó otra música que la de Jommelli, Galuppi y Pergolesi.

Mas como a lo largo todo merma y pierde vigor y lozanía, pues el tiempo lo cambia todo, también la ópera tuvo su decadencia, su eclipse. Corto, por cierto, y en coincidencia con el reinado de Don Carlos III, más amigo de correr el monte, perseguir la caza y oír el furioso ladrar de la jauría que, sentado, escuchar gorjeos de tiples y «capones».

Con su muerte, al subir al trono Don Carlos IV, la ópera, aunque con modalidades, estilo y técnica distintos de los que *Farinello* había introducido en la Corte cuarenta años antes, volvió

10. ARMONA, J. A., *Memorial literario*. Madrid, 1785.

aún a deleitar a los madrileños halagando sus oídos con las melodías de Rutini, Scolari y Piccinni.<sup>11</sup>

Fue éste para la ópera otro esplendoroso período, que duró mientras el Teatro de los Reales Sitios no cerró sus puertas y una orden, dictada por la Municipalidad de Madrid en 1777, no estableció «que en los teatros de la Villa y Corte» las óperas italianas no sólo no se representaran diariamente como antes, sino traducidas o arregladas,<sup>12</sup> y por artistas españoles.<sup>13</sup>

Es un hecho incontrovertible el éxito que en

11. Don Tomás Iriarte, en su ya citado poema *La Música*, nos ha dejado los nombres de aquellos insignes Maestros que con sus melodías lograron fama en el Madrid del siglo XVIII :

«Galuppi, Vinci, Pergolese, Leo,  
Héndel, Pórpura, Lulli, Pérez, Feo ;  
Trajeta, Mayo, Cáfaró, Piccinni,  
el anciano Saxón, Nauman, Sacchini,  
Paesiolo, Anfossi, y otro infinitos  
que no sólo han sabido con primores  
agradar con sus músicos escritos,  
sino hacer agradables los errores.»

12. No fueron pocos en este período, los melodramas de Apóstol Zeno y de Matastasio, traducidos o arreglados al español por escritores de renombre como, entre otros, Luzán y Cruz.

13. Aún con estas restricciones, Madrid tuvo siempre su compañía «de ópera italiana», cuya labor, artísticamente meritoria, nadie ponía en discusión. Así es que en el *Reglamento para el mejor orden y policía del teatro de la ópera*, publicado en el *Diario de Madrid* de 19 de enero de 1787, mientras se vuelve a insistir que en los teatros la *Junta de Hospitales* sustituyera a las «óperas italianas por españoles», se pone también de manifiesto el deseo que la compañía italiana representara, además de las suyas propias, una ópera española, para, con ello, contribuir «a la mayor perfección del teatro nacional».

esos años tuvo en España la ópera italiana; todavía no fue completo e incondicional. Los recelos de la clase popular, las reclamaciones de los maestros de música, las resistencias de los cómicos no faltaron. Y fue una oposición, en un primer momento, imperceptible, inconstante, solapada, pero, a la larga, franca y descubierta. Sin embargo, aun con esto, por debajo de aquellas protestas y reprobaciones, más que la voluntad de caricaturizar y ridiculizar todo aquello, se percibe como un deseo de imitarlo, de rivalizar con ello. Que es lo que se nota en el «sainete» *El prioste de los gitanos* (1754), en el cual los actores cantaban un «recitado» a seis, buen remedo y lograda parodia de los de la ópera italiana.

En otro «Sainete», *El Maestro de Música*,<sup>14</sup> la actriz Joaquina Moro<sup>15</sup> propone a sus compañeras que, juntas, canten como fin de fiesta «una aria buena». Pues, se niegan todas: *la Mayorita*,<sup>16</sup> porque no gusta de «trinos y gorgoritos»;

14. El sainete es anónimo. El argumento y el estilo, sin embargo, hacen pensar en Cruz, de quien son *El Maestro de rondar* (1766) y *El Maestro de baile* (1779). Se estrenó en octubre de 1774 para presentar al público de Madrid Silve-ria de Rivas, hija de una de las actrices más famosas de su tiempo: María Ladvenant.

15. Esposa del actor y «autor», o director de compañía, Eusebio Ribera, fue excelente característica y buena cantante de óperas.

16. María Mayor Ordóñez, llamada *la Mayorita*, fue tiple muy celebrada por la suavidad de su voz y la gracia con que pisaba las tablas.

*la Granadina*,<sup>17</sup> porque prefiere cantar «seguidillas y boleros» más que «tarariras»; *la Pereira*,<sup>18</sup> en fin, porque aquello no es lo tradicional y el público quiere

«... que en el sainete se canten  
tonadilla o seguidilla.»

Discrepan, están por reñir. Los ánimos, sin embargo, se apaciguan tan pronto un compañero les sugiere que canten un «cuatro»

«... tan estrepitoso y nuevo  
que ni Galupini, el Mayo,  
Piccini, ni otros doscientos  
de los que acaban en ini  
no son capaces de hacerlo.»

Otra atestación de la oposición del pueblo al predominio de la ópera italiana es la tonadilla *La maja de rumbo*, en que se cantan estas seguidillas:

«A la ópera llevan  
a cierta maja,  
y le preguntan luego  
que si le agrada.  
Pero ella en forma  
puestas de jarras,  
respondió de este modo

17. María de la Chica, llamada *la Granadina* por su patria, fue la más celebrada actriz cómica de la escena española.

18. La actriz Sebastiana Pereira, por su talla y su «cara de pocos amigos», sobresalía en los papeles trágicos.

con gran chulada:  
"Más vale un estornudo  
de mi Manolo  
que óperas y tragedias  
orquesta y todo".»<sup>19</sup>

No basta, todavía, resistirse a lo extranjero, rechazarlo; es preciso, también, que el pueblo conozca lo suyo; lo aprecie y, por suyo, lo defienda y encarezca. Que es otra forma más propia y elegante de oposición. Con este cometido cumple la tonadilla del Maestro Blas Laserna: *Los dictámenes opuestos*,<sup>20</sup> en la cual mientras no se niega que

« . . . . . Italia  
en arias es maestra»,

se afirma rotundamente que España no sólo tiene «polos», «boleros» y «tiranas», sino también una música propia,

«... original, sin copia  
por su gracia y viveza.»

Quien por un mal entendido nacionalismo, por motivos literarios y, sobre todo, por dar realce y categoría artística a lo popular y folklórico, levantó más que nadie su voz contra la

19. Se cantó en 1774 con música del Maestro José Palomino. Vid. SUBIRÁ, J., *La tonadilla escénica*. Madrid, 1928, t. I, pág. 161.

20. SUBIRÁ, J., ob. cit., t. I, pág. 95.

invasión de la ópera y la música italianas, y siempre que pudo le hizo frente, ahora mofándose de damas y damiselas, galanes y petimetres, que por seguir la moda se desvivían por una tiple, un tenor o un bufo italianos, ahora encareciendo más de lo debido los méritos de la zarzuela, la seguidilla y la tonadilla, fue don Ramón de la Cruz, autor de comedias y fecundísimo escritor de sainetes, buen catador de la poesía y del teatro italiano de su tiempo y, además, traductor de no pocos melodramas de Apóstol Zeno<sup>21</sup> y de Metastasio<sup>22</sup> y de alguna comedia de Goldoni.<sup>23</sup> En el sainete *Los refrescos a la moda*, estrenado en el 1768, la *Mayorita* canta una «aria italiana». Un compañero, embelesado por aquella voz suya, tan bella y límpida, se pone de pie y le ruega que siga cantando. Cante lo que cante, él aplaudirá siempre. ¿Y si cantara algo español? ¡Oh, entonces!... Entonces él no la aplaudiría; se rompería las manos «a purísimos palmoteos».

Algo parecido pasa en *La farsa italiana*,<sup>24</sup>

21. De Apóstol Zeno tradujo: *Cayo Fabricio*; *Sesostris, rey de Egipto*, y *El severo dictador*.

22. De los melodramas de Metastasio tradujo o acomodó al teatro español: *Aecio triunfante en Roma*; *Aquiles en Sciro*; *Atilio Régulo*; *Talestris*; *La Olimpiada*; *Cenobia*; *El rey pastor*; *La isla desierta*; etc. (Vid. COTARELO y MORI, E., *Don Ramón de la Cruz y sus obras*. Madrid, 1899.)

23. De Goldoni tradujo *El filósofo aldeano*. (Vid. NAPOLI-SIGNORELLI, P., *Storia critica dei teatri*. Napoli, 1790, t. VI, pág. 90.)

24. Se representó en 1770 en el Teatro de la Cruz, por la compañía de Juan Ponce.

otro sainete en que se confrontan y ponderan las modalidades de la música italiana y española.

Huelga decir que en esta diatriba músico-literaria Cruz está siempre de parte de lo español y de lo tradicional aun cuando su conciencia artística le obliga a reconocer que, en la música italiana, la construcción de la frase musical, su línea y la gradual progresión del período armónico tienen tanta lozanía y pureza y tales refinamientos como muy raramente se dan en las zarzuelas y las tonadillas. Así es que en el sainete *El baile sin mescolanza*, escrito para la representación por artistas españoles de *La Frasquetana*, de Paisiello, mientras Francisca Laborda,<sup>25</sup> captada por las melodías del Maestro de Taranto, confiesa que después de oír tal música no hay tonadilla que pueda gustar, Polonia Rochel,<sup>26</sup> en cambio, afirma resueltamente que ella puede hacerse aplaudir siempre que lo quiera

«embocando uno de aquellos  
sonsonetes españoles»

que, por cierto, cantaba con mucha gracia y no menor desenfado.

25. Madrileña, de Carabanchel de Abajo, fue muy buena recitadora de versos.

26. Sevillana, fue excelente «graciosa» y la actriz que, a lo largo de su actuación en los teatros de Madrid, estrenó más sainetes de don Ramón de la Cruz.

Cruz, todavía, no apunta sólo a la música; da en todo lo que se relaciona con ella, que es italiano o, por tal, está de moda: actores, cantantes, maestros de música, academias caseras. Ahora blanda, tal vez hiriente, apasionada siempre, su sátira es constante y aviva no pocos sainetes: *La farsa italiana*,<sup>27</sup> ingeniosa burla llevada a cabo con la complicidad de una farándula italiana, cuyo arte, al final, se pone en ridículo; *La academia de música*,<sup>28</sup> contra aquellos españoles que, como Pepe, el personaje del sainete, típico producto de modas y extranjerismos, nada más que por darse tono y complacer a unas petimetras afectadas y ridículas, ya no saben cantar otra cosa, y «en italiano» — según reza la acotación escénica —, que un «andantillo dulce»; *La compañía obsequiosa*,<sup>29</sup> en que se lleva a la escena, de un modo ridículo, a un maestro de música que pretende enseñar a una jovencita la lengua italiana «por la solfa»; *El oficial de marcha*,<sup>30</sup> en que se ridiculiza un italiano «maestro de cantar»; *El italiano fingido*,<sup>31</sup> sátira de aque-

27. Escrito para la compañía de Juan Pons, se estrenó en el Teatro del Príncipe, en 1770.

28. Se estrenó en el Teatro de la Cruz, el 20 de septiembre de 1776, por la compañía de Manuel Martínez.

29. El sainete consta de dos partes, y fue escrito para la compañía de Manuel Martínez, que los estrenó en el Teatro del Príncipe, en 1779.

30. Lo representó en el Teatro de la Cruz, el 5 de diciembre de 1783, la compañía de Eusebio Ribera.

31. Es inédito en la Biblioteca Municipal de Madrid (1.156-17).

llos cantantes de óperas, despreciativamente apodados «capones», muy engreídos y pagados de sí mismos, pero con tan poca y mala voz que, como dice Garrido en el sainete *Los cómicos españoles*,<sup>32</sup> a no ser ellos extranjeros, más bien que aplaudirlos,

«la tropa de mosqueteros  
los echara a trompazos.»

Así don Ramón de la Cruz intentaba atajar el paso a la música italiana.

Y sin embargo, a pesar de oposiciones y críticas, de tonadillas y sainetes satíricos, viniesen de donde vinieren,<sup>33</sup> es un hecho incontestable, admitido por todos los historiadores de la ópera y del arte musical, que en España, durante el siglo XVIII, «la influencia italiana, que acabó por consagrar Farinelli, se extendió en tal forma y arraigó de tal suerte, que toda la generación musical de la mitad del siglo pasado buscó allí su patrón y en él se inspiró para hacer Arte».<sup>34</sup>

Fue escrito en 1785 para la compañía de Manuel Martínez, que los estrenó el 14 de mayo del mismo año, en el Teatro del Príncipe. Es el sainete que publicamos y que ha dado motivo a estos cortos apuntes.

32. El sainete es anónimo; sin embargo, por el argumento y el estilo puede muy bien ser de Cruz.

33. También, muchos años más tarde, Bretón de los Herreros escribirá, contra los melómanos de su tiempo y el lenguaje italianizante de cierta clase social, *El furor filarmónico* y *El novio y el concierto*.

34. FERNÁNDEZ NÚÑEZ, M. F., *La vida de los músicos españoles*. Madrid, 1925.

En el informe que sobre un *Memorial* del compositor Laserna suscribiera, el 9 de julio de 1790, Don Santos Díez González, profesor de los Reales Estudios, a propósito de los distintos géneros literarios, escribía: «En el teatro sólo tienen uso las tragedias..., las comedias... y la sátira, que si es dramática la llamamos sainete o entremés».<sup>35</sup> Y una sátira «dramática» en un acto, un sainete, es *El italiano fingido*, que Cruz escribió, como otros muchos suyos, «entre gallos y medias noches», y que, con una tonadilla del maestro don Pablo Esteve, con el mismo título, la compañía de Manuel Martínez estrenó el 14 de mayo de 1785, en el Teatro del Príncipe con la comedia *Acrisolar la lealtad a la vista del rigor por fama, padre y amor: Cósdroas y Siroe*, arreglo del mismo Cruz del melodrama *Cosdroe e Siroe, de Metastasio*.<sup>36</sup>

Un galán que quiere lucirse con su novia piensa dar realce y tono a una Academia, ofrecida por ella a sus amistades, ajustándose con un «virtuoso» italiano para que entretenga y divierta a los invitados cantando algunas «arias».

El día señalado para la recepción, todo en

35. Vid. SUBIRÁ, J., *La tonadilla escénica*. Madrid, 1928-30, t. I, pág. 17.

36. El melodrama de Metastasio se había representado en Madrid dos veces: en 1739, en el Teatro de los Caños del Peral, con la música de Hasse, y en 1752, en el Teatro del Príncipe, con la música de Conforto.

la casa está listo: la sala con su estrado, la orquesta, los refrescos; sólo se espera al cantante. Pero el criado, que ha ido a buscarle a la fonda para acompañarle adonde le esperan, se entera que aquél se ha marchado de Madrid por unos días. Es un maldito contratiempo, un desgraciado accidente que, además de aguarle la fiesta, puede acarrear a su amo graves consecuencias: malquistarle con la novia, acabar con el noviazgo, dar al traste con su dote. Esto sobre todo.

Este cuidado basta de por sí para aguzar el ingenio del criado y avisparle, pues ni el amo nada en el oro, ni él está en condiciones de perder su salario. ¡Qué no haría él por sacar a su amo del atolladero en que le ha puesto aquel cantante informal!

De pronto se acuerda que en Madrid vive un amigo suyo de otros tiempos, que no tenía mala voz, y que cuando era un oficial mozo — como diría Armona — cantaba también algo del repertorio italiano. Y le va a buscar. Convencerle a que se haga pasar por italiano y que cante no es fácil, pero su porfía al fin lo logra.

Llevado donde le esperan, aquel italiano fingido canta, le aplauden.

En un rincón, el criado se da el pláceme por lo bien que le ha salido la treta, sueña con la

bolsa que el amo le entregará para dársela al «virtuoso», con el reparto del dinero.

Pero si ese amigo suyo no es un cantante, ni mucho menos, ¿a santo de qué darle la mitad de aquel dinero? Con una propina basta..., y gracias. Sin su ardid y su proposición, el otro aún estaría en su puesto de lotero y no andaría de ganancia. Además, ¿quién corre con el riesgo de quedarse sin amo, sin sueldo y sin los gajes del oficio? Pues, ¡a mayor contingencia, mayor provecho! Con decirle que son doblones los escudos que el amo le dará para remunerar al cantante..., ya su bolsillo podrá disponer de un poco de dinero. ¡Qué más da una mentira más!

El otro, sin embargo, como no es manco ni tiene pelo de tonto, no se deja engañar.

Al salir de la casa, en la misma escalera, a la hora de repartirse el dinero, hablan, discuten, riñen..., y todo sale a relucir.

Como el sainete, por su misma naturaleza de drama sin argumento, pero no sin atractivo, se emplea en todo, vuela ligero sobre cualquier asunto, y rozándolo con su fina ironía viene a ser una de las más curiosas manifestaciones de la sátira, trátase de llevar al tablado un galán casquivano, un marido celoso, un solterón impenitente, una dama presumida, una mujer de trapío, una criada amiga de enredijos, o refleja las cos-

tumbres haciendo blanco de sus flechas los abates pelones, las usías de rompe y rasga, las petime-tras alocadas, que cuando no tienen

« . . . . . otras ansias  
ni otro norte que el aliño  
personal»<sup>37</sup>

y no se desviven por acopiar galas, francesas po-siblemente, y prendidos, broches, aretes salidos del taller de

«don Anchelo Tagarnini»,

orfebre afamado, nuevo Cellini,

«... el micor de Italia»,<sup>38</sup>

pero que vive sólo en el magín de un joyero muy listo en sacar provecho de esas debilidades feme-ninas, se afanan en disponer bailes, comedias caseras y academias de música, así también éste está dirigido a poner en ridículo la manía de aquellas mujeres que en esas academias suyas, nada más que por darse tono, quieren tener siem-pre «un virtuoso del bel canto».

Que éste sea de los mejores sainetes de Cruz

37. CRUZ, R. de la, *Los propósitos de las mujeres. Colección de los sainetes tanto impresos como inéditos de... con un discurso preliminar de D. Agustín Durán*. Madrid, Yenes, 1843. t. I, pág. 215.

38. CRUZ, R. de la, *El chasco de los aderezos*, ob. cit., t. II, pág. 313.

no puede decirse; queda muy lejos, artísticamente, de *El Manolo*, *La Crítica*, *El Abad Diente-Agudo*, ni puede competir con *El Cid de los cómicos*, *La botillería*, *El jardín divertido* y tantos más.

Sin embargo no es tampoco de aquellos muchos, muchísimos, que nuestro Autor compuso para mofarse de la credulidad del vulgo<sup>39</sup>, llevar al tablado un acontecimiento muy sonado<sup>40</sup> o, sencillamente, para satisfacer los pedidos de los directores de las compañías cómicas — Juan Ponce, Manuel Martínez, Eusebio Ribera — y abastecer las escenas de los teatros de la Villa y Corte.

Los distintos invitados que van acomodándose en la sala escogiendo cada cual el taburete o la silla más a propósito para charlar con el vecino de al lado o, llevado de la música, descabezar un sueñecito, aunque parezcan figurones más bien que personajes, en realidad, bien observados, no carecen jamás de un rasgo, un pormenor o un particular que, caracterizándolos, los distingue y singulariza. La petimetra, que acusa un imaginario malestar para hacerse servir, aprovechadamente, una taza de caldo; la gordinflona, que a los primeros acordes sale para el reino de los

39. Vid. *Las piedras de San Isidro*; *Las botellas del olvido*; etc.

40. Vid. *El elefante fingido*; *La boda de Chinita*; *El sarao de Chinita*; etc.

Cimerios de donde vuelve sólo cuando suena un trompetazo; la cotorrera, que entre dientes se queja de no poder hablar a sus anchas; el carcamal, que quiere estar en todo molestando a todo el mundo; el noticioso, que lo sabe todo y tiene siempre el cabo del trenzado; el parlanchín, que llevado de su vanidad quiere picar y sale zaherido; el galán, que no desperdicia ocasión para echar una flor a la dama de al lado; el aficionado a la música italiana, que ha aprendido de las «arias» algunas palabras de aquel idioma y quiere lucir sus conocimientos; aquella parleta de los invitados, entreverada de hablillas, murmuraciones, chismes, chascarrillos que saltan de uno a otro, se cruzan, rebotan; el murmullo con que es recibido el cantante; todo, aunque mirado por encima y ligeramente, está visto sagaz y acertadamente.

Lo mismo dígase de la señora de la casa que, temerosa que la fiesta no salga bien, de las críticas que sin duda no faltarán, se desvive para que todos se encuentren a su gusto y anda de aquí allá sin descanso, cuidadosa, atenta, en un continuo ajeteo, siempre con una sonrisa a flor de labios, pero el ojo puesto en la puerta de entrada y preocupada en su interior por el retraso del cantante.

¿Y qué decir del criado, a un mismo tiempo

fiel e interesado, astuto y tonto? Por sacar el amo del atolladero en que lo ha metido un cantante italiano informal urde un engaño y por su feliz éxito toma todas las precauciones, cuida de todos los pormenores, desde la búsqueda de la persona apta para hacer el cantante, al traje y al reparto del dinero. Sin embargo, por estar en todo, se le olvida lo más importante: concordar con el amigo con qué nombre le presentará a los invitados.

El tipo del cantante, luego, aun en su estilización, es verdaderamente modélico por su fina ironía y su linda comicidad. Aquella humildad suya, toda obsequios y ceremonias; aquel hablar hinchado y huero, cosa que hará decir a Coronado que «parece gran papagayo»; aquel decir y no decir sus habilidades, y el hacerse rogar para que cante, todo está visto como no se podía mejor para ridiculizar el divismo de los «virtuosos»; pero sin forzamiento alguno, sin cargar la mano demasiado ni herir profundamente. Aparte que es, al fin y al cabo, lo que se proponía siempre el sainete.

## SAINETE NUEVO

### EL ITALIANO FINGIDO

[Para la compañía de Manuel Martínez]

*Calle corta lo posible. A una puerta, hilando o haciendo [f. 2<sup>a</sup>] otra cosa, las señ[or]as IBÁÑEZ,<sup>1</sup> MORALES,<sup>2</sup> JOSEFA y ROSA PÉREZ,<sup>3</sup> de mugeres de barrio. Al descubrirse cantan lo que quieran en coro y luego sale GARRIDO<sup>4</sup> muy acelerado, como de criado, en frac y palo en la mano..*

*Garr[ido].* Manolita, Pepa; ¿está todavía en casa Paco?

*Ibáñez.* No, pero haz cuenta que sí porque ayé le hallarás jugando a la buelta, en la botica. 5

1. Hija de José Ibáñez y hermana menor de María Ignacia, «aquella dama primera» para quien compuso Cadalso su tragedia *Don Sancho García*, y cuya muerte dio argumento a las *Noches lúgubres*. Victoria Ibáñez había llegado desde Cádiz a Madrid en 1781 para *octava dama* de la compañía de Juan Ponce. Tres años después pasó a *graciosa* de la compañía de Manuel Martínez, presentándose al público en el «sainete» de Cruz, *Garrido celoso*.

En el «sainete» se la llama indiferentemente *Manolita* y *Manuela*.

2. Es la actriz Petronila Morales, esposa del actor José Correas y madre de Manuela, Laureana, Lorenza, María Isabel y Petronila — las *Correas* — actrices todas ellas célebres en el Madrid de la segunda mitad del siglo XVIII. Dotada de preeminentes calidades artísticas, se excedía a sí misma en las partes de *gitana*.

En el «sainete» es *Pepa*.

3. *Josefa Pérez*. Sevillana, perteneció a la compañía de Manuel Martínez desde 1775 hasta 1786. Diestra guitarrista y con buena voz para el canto, era insuperable en los papeles de *maja*.

*Rosa Pérez*. Hermana de Josefa, fue durante dos años *séptima dama* de la compañía de Manuel Martínez. En 1786 se alejó de la compañía para unirse en Cádiz con su marido, el actor Eusebio Cano.

4. Es *Miguel Garrido*, «príncipe de los graciosos» y uno de los

Garr[ido]. Pues voy corriendo a buscarle.  
Josefa P[érez]. Téngalas usted muy buenas,  
señor Blas.

Mor[ales]. Por acá estamos  
sin novedad; muchas gracias.

Garr[ido]. ¡Ah, no me había acordado! 10  
Tengan ustedes muy buenas  
tardes y muy buenos años,  
y ¡agur! que boy de prisa.

Sale TOMÁS<sup>5</sup>

Tomás. Manuela, ¿tienes trocado?

Ibáñez. No.

Tomás. Pues dame un peso gordo. 15

Ibáñez. ¿Dónde le tengo yo?

Tom[ás]. Cuatro

cantantes más celebrados de su tiempo, pues a lo largo de su actuación en los teatros madrileños, de 1775 a 1792, hiciera un *majo* o cantara una *tonadilla*, jamás le faltó el favor y el aplauso del público.

En un sainete anónimo, de 1774, titulado *Gracioso desafío de Martínez y Garrido*, al verle caer herido de muerte por su mano, Martínez lo llora con estas palabras:

«¿Qué es lo que has hecho, Martínez,  
pues tan ciego y sin reparo  
al mejor gracioso has muerto  
que tonadas han cantado?

Mal hayan, amén, las armas.

¡Ay, mi Garrido adorado!»

Para él Cruz escribió los sainetes *La competencia de graciosos; Garrido celoso; Válgate Dios por Garrido*; mientras don Pablo Esteve compuso las tonadillas: *Los payos del Malbrú; La escuela de Garrido; Garrido y su testamento*.

En el «sainete» es Blas, criado de don Jacinto.

5. Tomás Ramos. Hijo de Rafael y hermano de Rafael, Francisco y Vicente, actores todos muy notables, fue durante muchos años *tercer galán* de la compañía de Manuel Martínez, en la que había ingresado en 1784.

En el «sainete» es Paco, y, luego, en el papel de cantante italiano, Francesco Ramini.

- trajiste de dote; ¿dónde,  
 barravás, los has echado,  
 mujer, y no hace diez meses  
 cavales que nos casamos? 21
- Ibáñ[ez]*. ¡Buena pregunta!  
*Garr[ido]*. Dejemos  
 ahora preguntas y vamos  
 a otros negocios.
- Tom[ás]*. Blasillo,  
 ¿te has muerto?
- Garr[ido]*. He resucitado  
 para tí; que los amigos 25  
 en viéndose siempre y quando  
 es menester, lo demás  
 ni es amistad ni es del caso.
- Tom[ás]*. ¿Y qué se ofrece?  
*Garr[ido]*. Oye aparte.  
*Ibáñ[ez]*. ¿Secretillos? ¡Eso, paso! 30  
*Garr[ido]*. ¿Le dice usted a su marido  
 todo lo que hace?
- Ibáñ[ez]*. Quanto hago  
 y quanto digo; ¿es verdad?
- Tom[ás]*. ¡Qué sé yo!  
*Garr[ido]*. Pues, lo que vamos  
 a hacer los dos, no conviene 35  
 que usted lo sepa.
- Ibáñ[ez]*. ¡Canario!  
*Las tres*.<sup>6</sup> Y todas, y todas. Que hable  
 recio.
- Tom[ás]*. No seas el diablo,  
 muger.

6. En el manuscrito con número arábigo.

- Garr[ido]*. Déjalo. Una vez  
que todas se han empeñado 40  
quiero darlas gusto; pero  
no han de decirlo.
- Las cuatro*.<sup>7</sup> ¡Juramos!...
- Ibáñez*. Callar. [f. 3<sup>o</sup>]  
Pues, de esa manera,  
tengan ustedes cuidado  
si pasa alguien.
- Rosa Pérez*. Ni una mosca. 45
- Garr[ido]*. Pues sepan que ay en el barrio  
una grande novedad.
- Las cuatro*. ¿Como?
- Garr[ido]*. La justicia ha entrado (*con misterio*)  
ay, en esa casa grande 50  
pintada que está en lo alto  
de esotra calle de atrás,  
y ha cojido un contrabando  
tan grande, que llevan presos  
a la cárcel los culpados,  
y que reparten a los 55  
primeros que van llegando,  
vecinos o no vecinos,  
los géneros. A mi hermano  
le han tocado dos arrobas  
de chocolate y un fardo [f. 4<sup>r</sup>] 60  
de musolina.
- Mor[ale]s*. Allí voy.
- Josefa Pérez*. Las mantillas.
- Las otras*. Mejor vamos  
así, no lleguemos tarde. (*Vanse*)

7. En el manuscrito con número arábigo, y lo mismo también luego.

- Garr[ido]. Traígnanos ustedes algo. (*Se ríe*)
- Tom[ás]. ¿De qué te ríes? ¡Tú mientes! 65
- Garr[ido]. Pues, hombre, ¿no ves qué paso  
llevan, y todo es mentira?
- Tom[ás]. ¿Por qué las has engañado?
- Garr[ido]. Porque nos dejen que tengo  
qué decirte. Supongamos 70  
que tú eres tan loco y tan  
fachendista<sup>8</sup> como cuando  
allá en Cádiz...
- Tom[ás]. Y algo más.
- Garr[ido]. Mejor! Dáme dos abrazos.  
Aun te acordarás de que 75  
hablabas el italiano...
- Tom[ás]. *Qualque cosa*,<sup>9</sup> [f. 4']
- Garr[ido]. y que cantabas  
muchas arias del teatro  
de allá.<sup>10</sup>
- Tom[ás]. Sí, pero muy mal,  
y como un aficionado, 80

8. Del italiano: *faccendiere*. El *Fachenda* se titula un sainete de Cruz, y *Don Fachenda* es el protagonista de otro sainete suyo: *Quien de ajeno se viste donde quieren lo desnudan*.

9. No es ésta la primera vez que Cruz pone en los labios de sus personajes expresiones italianas o todo un discurso en italiano (vid. *El sarao de Chinita*; *La boda de Chinita*; *El oficial de marcha*). Naturalmente no es el caso de hablar, a este propósito, de corrección ortográfica, de precisión del vocablo, de pureza del idioma. Lo que al escritor importaba era que los actores pronunciaran aquellas palabras como los naturales del país y que, más o menos chapurreando, se hiciesen comprender por el público.

10. No se olvide que éste es el tiempo de Apóstol Zeno y de Metastasio, poetas sobradamente conocidos en España, y de las óperas en música de Piccinni (*La buena fillola* (sic); *La aldeana bizarra*), de Paisiello (*El tambor nocturno*), de Pergolesi (*El maestro de música*), de Sacchini (*La isla de amor*), cantadas por artistas italianos de mucho renombre que el Marqués de Scotti o «Farinelo» habían llamado a Madrid.

no más.

Garr[ido]. Pues, eso te basta  
si quieres que repartamos  
cincuenta doblones. ¡Aha!  
¿Tienes el vestido guapo  
que para hacer la comedia  
pediste a aquel parroquiano  
y te le regaló?<sup>11</sup>

85

Tom[ás].

Sí.

Garr[ido]. Pues, todo está listo y llano.

Tom[ás]. Pero, ¿qué es?

Garr[ido]. En dos palabras:

que la novia de mi amo  
tiene algunas academias,<sup>12</sup>

90

11. Remedando a la Corte y a las familias aristocráticas, no era infrecuente ni insólito que gente de modesta condición social, por un feliz acontecimiento familiar, por una fiesta de la aldea, o tan sólo por esparcimiento y solaz, conviniese en representar una comedia o una zarzuela. De esta costumbre de su tiempo don Ramón de la Cruz, observador siempre cuidadoso y atento, nos ha dejado testimonio fehaciente en muchos sainetes suyos: *La comedia casera*; *Las dos embarazadas*; *Los payos en el ensayo*; *La comedia de Valmojado*; etcétera. Lo que eran aquellas representaciones es fácil imaginar. Recitado por unos payos-actores de Valmojado, *El sacrificio de Ifigenia* se trueca en *El sacrificio de Ugenia*, y acaba en farsa.

A una de estas representaciones, en la que intervino Tomás, se refiere Garrido.

12. Distintas por sus finalidades de las antiguas Academias, donde acudían varones «cuyos sutiles entendimientos davan que hazer a la fama a todas horas y por todas las partes del mundo» (Cervantes, *Persiles*, III, 19), estotras eran reuniones caseras en las que, so pretexto de oír música, se buscaba sólo pasar el rato «con alguna cu-chuffeta»,

« . . . . . con cuatro  
lisonjas dichas a tiempo,  
una flor, un par de saltos,  
noticias de lo que pasa  
entre fulana y fulano,  
y las modas que han salido  
últimas.»

(CRUZ, *El hijito del vecino*.)

En los sainetes *La academia del ocio*; *La academia de música*;

y oy, que se había esmerado      [f. 5<sup>v</sup>]  
 en el refresco, convite  
 y demás del aparato,<sup>13</sup>  
 porque mi amo la ofreció      95  
 llevarla un profesor, raro  
 en la voz y avilidad,  
 que había a la Corte llegado,  
 al irle a buscar se halló  
 con que ayer se fue temprano      100  
 de Madrid, por quatro días.  
 Su merced desesperado,  
 ya abandonaba la novia,  
 el grandote...<sup>14</sup>

*La academia particular*, Cruz ha puesto en ridículo esta costumbre promovida por la «señora moda», favorecida por el «genio raro de las damas locas» y protegida y fomentada por una «casta de abates pelones», que buscaban ahorrarse la cena con lo que en estas tertulias lograban «zampar por la tarde».

13. No era cosa nada fácil cumplir con los antojos, los caprichos y los deseos de todas aquellas «damas melindrosas», «caballeros del tusón» y «abates hambrientos» que acudían a un sarao, a una comedia casera, a una velada musical.

De ello nos da una idea don Ramón de la Cruz en el sainete *Los refrescos a la moda*. Y he aquí, en otro sainete del mismo Cruz, *La música al fresco*, lo que el amo de casa encarga a sus criados de preparar para obsequiar a su novia:

«Lorenzo vete corriendo  
 y trae, del más afamado  
 repostero de Madrid,  
 un ramillete muy guapo  
 de dulces...  
 y flores...  
 Trae también bebida, trae  
 bizcochos garrapiñados  
 de la calle del León...  
 .....Tú, Juanillo,  
 haz que prevengan los vasos,  
 las bandejas y salvillas  
 de plata...»

14. Así en el manuscrito. Es fácil que el error se deba a un corrimiento de la pluma, pero es muy probable también que el A.,

- Tom[ás].* Estoy al cavo. 105  
 Pero, no ves que al instante  
 que abre la boca, entre tantos  
 músicos, me han de decir...
- Garr[ido].* ¿Qué han de decir? ¡Bravo, bravo!  
 allí; que luego, entre ellos,  
 te harán quatro mil pedazos. 110
- Tom[ás].* ¿Y la señora?  
*Garr[ido].* Con sólo  
 creer que eres Italiano  
 te aplaude,<sup>15</sup> y por adularla  
 no cesa de darte aplausos  
 la concurrencia. 115
- Tom[ás].* No sea  
 que se conviertan en palos...  
*Los dos.* No lo creas.
- Tom[ás].* Pero, hombre,  
 ¿y si se descubre el chasco?  
*Garr[ido].* Dice que fue cosa mía;  
 yo digo que por sacarlo 120  
 del lance busqué este medio;  
 buelbe luego el Italiano,  
 le da otra academia, quedan  
 contentos y tú pagado
- Tom[ás].* No sé lo que haga.

intencionadamente, fiando y en la ambigüedad del vocablo «dote» y en la equivocación de la frase, haya querido oponer la astucia del criado a la simpleza del amo, quien, echándosela de gran señor (*gran-dote*) sin tener las posibilidades, por un hecho baladí y de fácil remedio, está casi a punto de renunciar a la novia y a su «*gran dote*».

*«Porque esta gente toda  
 esclava pertinaz es de la moda.»*

(CRUZ, *El hospital de la moda*.)

Y la moda quería que los maestros de música y de canto fueran italianos, y francés el maestro de baile y el peluquero.

Garr[ido]. Yo, sí. 125  
 Ven, no seas mentecato.  
 Tom[ás]. Con que: ¿cincuenta? [f. 6°]  
 Garr[ido]. Y en oro.  
 Tom[ás]. ¡Qué gusto!  
 Los dos. Pues, ¡a pillarlos! (Vanse.)

Salón con asientos. Todas las damas y caballeros que parezca van saliendo y se acomodan según sea regular para el juego de la acción. La orquesta, que se supone en la fachada que está, toca una obertura, y luego, ínterin el andante que será piano, hablan según se sigue. Ínterin la primera salida templarán fuerte como preparación.

Juan.<sup>16</sup> Ya tenéis pronta la orquesta, señora.  
 Ros[ario].<sup>17</sup> Vamos entrando 130  
 sin cumplimiento, queridas.  
 Coro[nad]o.<sup>18</sup> Yo me acomodo a este lado,  
 solito, a oír donde nadie  
 me incomode este buen rato.  
 Nicol[asa].<sup>19</sup> Venga usted aquí, don Tiburcio. 135

16. El actor Juan Ramos, *primer galán*, desde 1776, de la compañía de Manuel Martínez.

En el «sainete» es *Don Jacinto*, novio de Rosario.

17. María del Rosario Fernández. Más conocida como *la Tirana*, porque, casada con Francisco Castellanos, actor insuperable en hacer tiranos, fue una de las más bellas y celebradas actrices de su tiempo. Moratín alabó «su gentil ademán» y «la riqueza y pompa de sus trajes y adornos». Y en el traje que vestía para hacer la reina *Celmira* la pintó Goya en uno de los dos retratos que de ella nos han quedado.

En el sainete lleva el mismo nombre: *Rosario*, prometida de *Don Jacinto*.

18. El actor Diego Coronado, natural de Madrid. Después de representar algunos años en provincias, en 1755 entró como *parte por medio* en la compañía de Manuel Martínez, en la que se quedó de 1772 a 1789, año en que murió. Buen actor y mejor cantante — fue el primero que cantó tonadillas y zarzuelas —, jamás le faltó el favor del público en los treinta años que trabajó en los teatros madrileños.

En el sainete es *Don Epifanio*.

19. La actriz Nicolasa Palomera. Esbelta, guapa, elegante, so-

- Paco*.<sup>20</sup> La música, si desairo  
sus echizos, me perdone,  
sólo atento al de miraros.
- Nicol[asa]*. ¡Qué gracioso estáis! [f. 6']
- Ros[ario]*. Señores,  
yo no quiero dar el chasco 140  
a nadie de que se siente  
donde no esté acomodado  
a su gusto; pero intento  
exigir de tan urbano  
concurso que, mientras toquen 145  
o canten, no anden entrando  
y saliendo, y que mantengan  
el silencio necesario.
- M[a]r[tine]z*.<sup>21</sup> Hija, eso ya se supone,  
y les haces un agravio 150  
en prevenirlo.
- Cor[onad]o*. Hace bien,  
que suele haver mentecatos  
en las academias, tan [f. 7']  
inquietos y mal criados,  
que ni oyen, ni a sus vecinos 155

bresalía en las partes de cantado. Casada, su conducta dio mucho que hablar, mientras su poca gana de cumplir con lo cometido obligó más de una vez a la Junta de teatros a pedir informes al *autor* acerca de su actuación en el teatro.

20. *Paco*: Francisco Ramos. Hijo del actor Rafael, entró en 1776 en la compañía de Manuel Martínez, a quien sucedió en la *autoría* en 1794. De escasas facultades escénicas, fue, en cambio, buen cantante.

En el sainete es *Don Tiburcio*.

21. *Martínez*. Manuel Martínez, uno de los más conocidos artistas de la escena española por su condición de actor y de director, por más de veinte años, de la compañía *de los chorizos*. Estrenó muchísimas óperas españolas y extranjeras; entre éstas no pocos melodramas de Apóstol Zeno y de Metastasio y algunas comedias de Goldoni.

- dejan oír.
- Rua[no].<sup>22</sup> Unos quantos  
conozco yo así.
- Rom[ero].<sup>23</sup> Yo, siempre  
que está una dama cantando,  
la voy repitiendo a voces,  
tanto es lo que me arrebató 160  
de la música.
- Cor[onad]o. Me alegre  
de que lo hayáis avisado  
para irme donde no os oiga.
- Rom[ero]. No tenéis que incomodaros  
que yo me iré. Doña Justa, (a la Torres) 165  
¿ay un lugar?
- La Torres.<sup>24</sup> Sí, paisano,  
venga usted acá.
- Rom[er]o. Muchas gracias.  
Torres. Yo lo estaba deseando [f. 7<sup>r</sup>]  
por tener con quien hablar.
- Rom[er]o. Ya nos han puesto el candado 170  
en la boca.
- Torres. ¿A quién? ¿A mí?  
Pues, si he de callar me marchó.

22. El actor Pedro Ruano. Había llegado a Madrid de Cádiz en 1778, ingresando de *barba* en la compañía de Eusebio Ribera. Tres años después pasó a la compañía de Martínez, desempeñando el mismo papel hasta 1788, año en que se retiró del teatro.

23. El actor sevillano Vicente Romero. Muy ducho en remedar tunos, payos, borrachos, fue buen cantante y excelente guitarrista. (Cfr. vv. 513-19.)

24. Josefa Torres, esposa del actor Francisco Casanova. Entró muy joven en el teatro, distinguiéndose por su garbo natural y su gran habilidad en la música. Alejada del teatro por unos años, quizá por enfermedad, volvió otra vez en 1801, ingresando en la compañía de *los Caños del Peral*, que dirigía aquel gran actor y estimador del arte dramático de Alfieri que fue Isidoro Máiquez.

Rom[er]o. ¡Mucha orquesta!<sup>25</sup>  
 Torres. ¡Fantasía!  
 Vale un tiple<sup>26</sup> bien tocado  
 por cien biolines.  
 Rom[er]o. Y más 175  
 si le toca un sevillano,  
 y echa por aquella boca  
 salada un polo golpeado<sup>27</sup>  
 o una tirana.<sup>28</sup>  
 Torres. ¡Ay de mí!  
 Ros[ari]o. ¿Qué es esto?  
 Torres. Nada.  
 Rom[er]o. Es un flato<sup>29</sup> 180

25. En los conciertos caseros la orquesta era muy reducida — de las llamadas *de murga* — y estaba compuesta por dos o tres violines y un contrabajo. Si, en cambio, como en este caso, tratábase de un concierto ofrecido «a madama» por el novio o algún petimetre, entonces la orquesta era más numerosa y, por lo general, la componían cinco violines, dos trompas, dos oboes, un fagot y un contrabajo, reforzados muchas veces por un violoncelo y una flauta.

En un sainete inédito del mismo Cruz, *La música al fresco*, don Mauro, pues quiere dar una serenata a su dama, confía al cuidado de su criado Martín ocuparse de la orquesta. Este entonces reúne:

«cien clarines y cien trompas,  
 cien fagotes destemplados,  
 treinta pares de timbales,  
 quinientos y ochenta y cuatro  
 violines, setenta flautas  
 y ochenta y seis contrabaxos.»

26. Tiple. Guitarrillo de voces muy agudas que en las orquestas de pocos elementos a veces reforzaba la guitarra o el *vigolin* (CRUZ, *Las castañeras picadas*), a veces la bandurria y la vihuela (CRUZ, *El renegado y los zapateros*).

27. *Polo golpeado*. Canto popular andaluz que servía para introducir una *copla*.

28. *Tirana*. Breve composición de ritmo sincopado y ternario que se cantaba al final de las *seguidillas*. De origen andaluza, según don Rafael Mitjana, se componía de cuatro versos octosílabos y de un ritornelo que servía a subrayar la intención maliciosa o satírica de la *copla*. (Vid. CRUZ, *La casa de tócame Roque*.)

29. *Flatos, opilaciones, tabardillos* eran enfermedades de moda

- que le ha acometido.
- Ros[ari]o. Hija, [f. 8<sup>r</sup>]  
¿quieres ir a tomar algo?
- Torres. Ya se me pasó.
- Rom[er]o. No hay tal;  
¿para que sirve negarlo?  
Señora, mientras que templan (a ella 185  
aparte)
- Ros[ari]o. Vamos, ven.
- Torres. Porque no digas,  
entraré a tomar un vaso  
de agua.
- Rom[er]o. Vino generoso  
es mejor en tales casos, 190  
y vizcochos de canela.
- Ros[ari]o. De todo hay. Lucía.
- Rom[er]o. Vamos  
que yo os llevaré.
- Rosa García.<sup>30</sup> Señora.
- Ros[ari]o. Ésta se ha desazonado;  
sírvela en lo que quisiera. 195
- Rosa García. ¿A bien que tenemos caldo! [f. 8<sup>r</sup>]
- Rom[er]o. ¿De gallina?
- Ros[ari]o. Sí, señor.
- Rom[er]o. Pues, también puedes sacarlo,

(CRUZ, *Las dos viuditas*; *La embarazada ridícula*). Rosario lo sabe, pero conoce también el remedio pronto y llano: «al flato, con el plato». Que es lo que aconseja a *doña Justa*.

30. ROSA GARCÍA. Hija del actor José García Ugalde, (a) *El Redentor*, y madre de la famosa cantante Loreto García. Fue hermosa, elegante y de mucho desparpajo, pero actriz mediocre, a pesar de sus aspiraciones y deseos de llegar a

«.....primera  
dama, imitando las gracias  
de la señora Carreras.»

(CRUZ, *El payaso cómico*.)

- que si no le quiere, así  
como así, estoy costipado. (V[ans]e 200  
los tres)
- Rosa García.** ¡Veneno! Estas petimétr<sup>31</sup>  
todas son unos emplastos.
- M[a]r[tín]ez.** Hija, ¿qué dispones?
- Ros[ari]o.** Padre,  
aguardar al Italiano  
con que el s[eño]r d[o]n Jacinto 205  
nos divierte.
- M[a]r[tín]ez.** Demasiado  
tarda.
- Cor[onad]o.** ¡Si la pagará!
- Ros[ari]o.** De b[uest]ra atención extraño  
que eso digáis.
- Juan.** ¡Si supiera (aparte)  
el empeño en que me hallo! [f. 9<sup>a</sup>] 210
- Cor[onad]o.** Yo no dudo, pero temo.
- M[a]r[tín]ez.** Tiene el señor muy provado  
su juicio para ofrecer  
lo que no pudiera darnos.
- Ros[ari]o.** ¿Está lejos? ¿Queréis que 215  
vaya el coche o un recado?
- Juan.** Si está Blasillo a traerle  
de mi órden, y el tardar tanto  
prueba que bendrá. ¡Dios quiera (aparte)  
que no pruebe lo contrario! 220
- Ros[ari]o.** Eso me parece a mí.
- Paca.**<sup>32</sup> ¡Qué pesadez! Deseando

31. *Petimetra*. Del francés *petit maître*. Así se llamó en España a quien seguía, remedándolos, los caprichos de las damas francesas. Cruz se mofó del tipo en los sainetes *La petimetra en el tocador*, *El petimetre*, *El sombrerito*.

32. *Paca*: Francisca Martínez. Hija del célebre «autor» de la *compañía de los chorizos*, desde 1776 hasta 1790, año de su jubilación,

estoy que a tocar empiezen  
para darmir no más quanto  
descaveze el sueño. Así, 225  
¡cómo que para escucharlo  
sin que nadie me distraiga  
tengo los ojos cerrados!

*Juan.* Señora, me parecía [f. 9<sup>v</sup>]  
que se pudiera entretanto 230  
que ese hombre viene, tocar  
una obertura.

*Ros[ari]o.* Ha pensado  
usted muy bien.

*Juan.* Cavalleros, (*a la orquesta*)  
ya está el concurso aguardando  
que ustedes nos favorezcan. 235

*M[a]r[tine]z.* Señores, vamos callando.

*Cor[onad]o.* Yo siempre que como, oigo  
música y que duermo, callo.

*Obertura breve; mientras el alegre unos finjen [que] hablan, otros tosen, alg[un]o da tavaco a todos, etc. COR[ONADO] se desespera; la señora PACA duerme, y quando ay algún golpe fuerte de trompas se estremece, abre los ojos y los buelbe a cerrar después. Interin el andante pianísimo ay el diálogo sig[ui]ente:*

*Ruano.* ¡Ay! Aora que me acuerdo:  
¿Con que murió ab-intestato 240  
don Anselmo?

*M[a]r[tine]z.* Sí, señor; [f. 10<sup>r</sup>]  
ya ha días que andava malo

hizo *segundas damas* en la misma compañía de su padre. Actriz mediocre, pero muy caprichosa, no quiso jamás, aunque ya entrada en años, hacer personajes de carácter. Esto y el negarse a hacer el papel de *madre* fue lo que impidió, en 1786, la representación de *El viejo y la niña*, de Moratín.

- y yo le previne.
- Ros[ari]o. Padre...
- M[a]r[tine]z. Si me está el señor hablando  
no he de responderle?
- Cor[onad]o. ¡Viva! 245  
(mirando a la orquesta, muy alegre)  
¡Qué bien va siguiendo el bajo  
con las violas contrapuestas  
el intento! ¡Chis! ¡Qué paso  
tan lindo! ¡Por Dios, silencio!<sup>33</sup>
- Sale ROMERO con [la] TORRES.
- Romero. Ya no hay que tener cuidado (gritando) 250  
que viene como un reloj,  
madama.
- Todos. ¡Chis!
- Rom[er]o. Lo que encargo (recio)  
es el silencio, señores,  
ínterin que están tocando.
- Ros[ari]o. ¿Estás mejor? [f. 10<sup>v</sup>]
- Torr[e]s. Ya estoy buena. 255
- Ruano. Silencio.
- Nic[olas]a. ¡Con qué descanso  
duerme la amiga!
- Paco. ¡Y con que  
inquietud a vuestro lado  
estoy yo!
- Nic[olas]a. Pues buen remedio:  
o no ser tonto o dejarlo. 260

33. Es interesante advertir como don Ramón de la Cruz sabe caracterizar sus personajes aprovechando ya los rasgos físicos, ya las habilidades histriónicas de los mismos actores. Así es como Diego Coronado, buen músico y mejor cantante, puede representar a lo natural el papel del que sigue con atención la música, recalcando con su entusiasmo el desarrollo y la orquestación del tema musical.

- Rua[no].           ¿Y de qué murió aquel hombre?  
M[a]r[tíne]z. De hablar sin venir al caso.  
Ros[ari]o.           ¡Lo que tarda el hombre! (quedo)  
Juan.               Ya  
                      estoy desesperado.  
                      *Alegro último corto.*  
Paca.               ¡Ay, ay de mí! (se levanta) [f. 11']  
Ros[ari]o.           ¿Qué le asusta?           265  
Paca.               Juzgué se venía abajo  
                      la casa.  
Ros[ari]o.           Estaba dormida.  
Paca.               ¿Yo?  
Ros[ari]o.           ¡Y qué poco!  
Paca.               Enajenado  
                      con la música el sentido  
                      se alteró al pasar *del piano*           270  
                      *al forte*. En las academias  
                      tengo yo estos entusiasmos.  
Cor[onad]o.       Eso se remedia.  
Paca.               ¿Cómo?  
Cor[onad]o.       Con un buen amigo al lado  
                      que avive usted tal qual vez  
                      con un alfiler de a ochavo.           275  
Paca.               ¡Qué más alfiler que un hombre  
                      tan consumido y tan largo!<sup>34</sup>  
Ruano.             ¡Adónde las dan las toman,  
                      amigo don Epifanio!           280  
Cor[onad]o.       Conforme, que también suele

34. Diego Coronado era alto y desmirriado, y por eso Paca, motejándole, le compara con un alfiler. Estas chanzas de los compañeros para Coronado no eran cosa nueva. Con alusión a su figura delgada y flaca, la actriz María de Guzmán, en otro sainete del mismo Cruz, le llama «oblea».

suceder muy al contrario.

*Sale el PAJE.*

- Paje.* Don Blas y otro caballero  
están ay.
- Juan.* Que entren bolando.
- Ros[ari]o.* Ya está ay el cantor.
- Cor[onad]o.* ¡Que viva [f. 11<sup>v</sup>] 285  
don Jacinto!
- Ros[ari]o.* Aviendo dado  
su palabra, yo no encuentro  
la razón para extrañarlo.
- Nic[olas]a.* ¡Cómo se pica la novia!
- Paca.* Parece que se ha tratado 290  
en secreto.
- Nic[olas]a.* Por lo mismo  
después yo he de publicarlo.
- Juan.* Blasillo.
- Garr[ido]o.* Ya voy. Aquí *(presentando a Tomás  
de italiano afectado)*  
os presento al afamado...  
¿Cómo?
- Tom[á]s.* Franchesco Ramini.<sup>35</sup> 295
- Garr[ido].* Francesco Ramini, el pasmo  
de Italia, asombro de cisnes,  
maestro de los alados  
ruiseñores, la delicia

35. El nombre, aún siendo inventado, no es completamente imaginario. Cruz ha vuelto al italiano el apellido del actor Francisco Ramos, añadiéndole el sufijo *ini* que, juntamente con la terminación *i*, los españoles emplean siempre que en son de burla quieren dar tal cual forma italiana a un nombre o a un vocablo suyos. Este proceder, en sainetes en que intervienen italianos, no es nuevo en Cruz. En *Los volatines* (1778), María del Pulpillo y Joaquina Moro, que hacen el papel de actrices de una compañía de títeres italianos, son, para Chinita que los representa al público, *La Pulpilli* y la *Morichi*.

	de los valles y los prados,	300
	embidia de los capones	
	y asombro de los canarios. <sup>36</sup>	
Juan.	No seas loco.	
Ros[ari]o.	Tome usted	
	silla si viene cansado.	[f. 12 <sup>r</sup> ]
Tom[á]s.	La riverisco, <i>sto bene</i> .	305
Rua[no].	Mi dica un poco: <i>ha viachato</i> (se levanta)	
	<i>tropo lei?</i> <sup>37</sup>	
Tom[á]s.	Oh! <i>Tropo asai,</i>	
	<i>e quá non vengo per altro.</i>	
Garr[ido].	Es grande hombre, según dice.	
Juan.	¿Qué saves tú?	
Garr[ido].	Me ha contado	310
	por el camino su historia.	
	Ha visto a pie y a cavallo	
	las quatro partes del mundo	
	representando en el teatro	
	de Tánger, donde ganaba	315
	treinta mil pesos cada año;	
	después fue a Costantinopla	
	donde, por un recitado	
	sólo y un aria, el Sultano	
	le regaló un campanario	
	de oro, una perla de a libra	320

36. La verborrea de Blasillo, la enumeración confusa y desbaratada de toda clase de alados y el intencionado y malicioso acercamiento de los vocablos *envidia* y *capones* dan a la presentación un tono ridículo no exento de una ligera nota satírica.

37. Amante de la música, Ruano, muy fácilmente, ha asistido, en el Teatro de los Caños del Peral, a la representación de una u otra ópera italiana y, con las *arias*, ha aprendido también algunas palabras de aquel idioma. Pues, ¿cuándo se le brindará ocasión tan a propósito para lucirse y darse tono? ¿Dónde mejor para hacer alarde de sus conocimientos del italiano? Y, en efecto, helo levantarse y chapurrear las cuatro palabras que sabe.



	<i>echetera. Ho stato in Londra,</i>	
	<i>Parichi, il Palatinato</i>	
	<i>del Rhin, la Rusia, la Prusia,</i>	
	<i>Viena, Venecia, Milano,</i>	[f. 13 <sup>o</sup> ]
	<i>California, Paraguai,</i>	345
	<i>e dopo tornai da capo</i>	
	<i>per Paraguay, California,</i>	
	<i>Viena, Benecia, Milano,</i>	
	<i>echetera, fino adesso</i>	
	<i>que, per il mio fortunato</i>	350
	<i>destino, vengo quà dove</i>	
	<i>espero compatirano,</i>	
	<i>loro signori, la mia</i>	
	<i>honestà e il crudo affano</i>	355
	<i>de questo suo devotissimo</i>	
	<i>a più obligatissimo esquiavo,</i> <sup>43</sup>	
<i>Garr[ido].</i>	¡Qué pájaro es!	
<i>Cor[onad]o.</i>	Sí, hijo mío,	
	parece gran papagayo.	
<i>Ros[ari]o.</i>	¡Lo que habla! Decid que cante,	
	que ya estamos enterados	360
	de su historia.	
<i>Juan.</i>	Cante usted	
	si gusta.	

43. Ya en la treta, para Paco no hay más remedio que seguir en ella, hacer ver que él es un auténtico operista italiano. Recuerda que en sus años mozos había cantado como aficionado algunas *arias* y que eso le había dado la oportunidad de aprender un poco de italiano. Con eso y mucha cara dura ya tiene bastante para desempeñar su papel, hablar sin ton ni son de ciudades nunca vistas, de poetas jamás leídos y entreverar su charla con palabras y frases — *fortunato destino, crudo affanno* — propias de las óperas.

Para los discursos de Paco y de Ruano hemos seguido la grafía del manuscrito.

Por lo que se refiere a la grafía de algunos fonemas, téngase presente lo que se ha dicho en la nota n.º 9.

- Ruan[o]. *Amico, sentiamo un poco la sua bel voce si vantata.*
- Tomás. *Mi fa un tanto mal la gola, ma faremo tuto quello que possiamo per servi[r]vi.<sup>44</sup>* (saca papeles y los da a la orquesta.) 365
- M[a]r[tine]z. Todos estos siempre están acatarrados quando les mandan cantar.
- Tomás. *Costreto dal suo comando eco un Aria bufa.* [f. 13<sup>v</sup>] 370
- Juan. Todos atiendan.
- Todos. Todos callamos. *Canta la Aria Tomás*
- Todos. ¡Que viva!
- Tomás. *Mi compatisca la sua bontà.*
- Garr[ido]. Se ha turbado; ¡como es la primera vez, el pobrecillo! En cantando ochenta arias, cantará la ochenta y una de pasmo. 375
- Juan. ¡Qué tal, señora?
- Ros[ario]. ¡Muy bien!
- Juan. ¡Sabéis que no me ha gustado? 380
- Ros[ario]. Vos sois parte apasionada

44. Sabedor de sus posibilidades cantoras, Paco, como un verdadero cantante, busca precaver los riesgos de desafinaduras y gallos. Para eso nada mejor del recurso de siempre y de todos cuando, como dice Martínez con mucha sorna, *les manda cantar*: acusar un imprevisto resfriado, un ligero mal de garganta. (Vid. VÉLEZ DE GUEVARA, *El diablo cojuelo*, tranco III.)

y el deseo de agradarnos  
os desconfía.

Juan. Con todo,  
mejor será despacharlo.  
Blas, toma las diez medallas 385  
y llévale. (*le da un bolsillo con disimulo.*)

Garr[ido]. Se ha portado [f. 14<sup>r</sup>]  
en forma.

Juan. Después en casa (*aparte*)  
hablaremos más despacio.

Garr[ido]. *Andiamo, señor Ramini.*  
Tomás. *Signori, sempre obligato (cortesías afectadas) 390*  
*de la sua bontade e sempre*  
*suo devotissimo esquiavo.*

Garr[ido]. ¡Jaque, antes que te reconozcan! (*quedo,*  
Tomás. ¿Qué tal? *al irse*)

Garr[ido]. Les has apestado.

Tomás. ¿Y la propina?

Garr[ido]. Aquí va; 395  
yo no sé lo que me ha dado. (*vanse*  
*los dos*)

M[a]r[tine]z. No lo ha hecho muy mal.

Ruan[o]. La traza  
no es de músico italiano;  
ni el modo de hablar.

M[a]r[tine]z. A usted  
todo le parece malo. 400  
Don Jacinto le conoce  
muy bien, y a mí me ha agradado.

Ruan[o]. No es gran cosa.

M[a]r[tine]z. Sí, lo es. (*enfadado*)

Cor[onad]o. Por eso no ay que enfadaros  
aora; siga la academia. [f. 14<sup>r</sup>] 405

Paco. ¡Vaya un concierto obligado

de violín y chirimía!

**Garr[ido].** ¡Ah, pícaro! (*dentro*)

**Tomás.** ¡Ah, ladronazo,  
he de matarte!

**Ibáñez.** ¡Justicia! (*dentro*)

**Ros[ari]o.** ¡Ola! ¿Qué es esto?

**M[a]r[tíne]z.** ¡Muchacho! 410

*Sale el PAJE*

**Page.** Señor.

**M[a]r[tíne]z.** ¿Qué bulla ay afuera?

**Page.** Es, señor, que su criado (*a Juan*)  
de usted y aquel estrangero  
a golpes se están matando,  
y han subido unas mujeres 415  
de mantillas que han pegado  
también con don Blas.

**Mugeres.** ¡Justicia! (*dentro*)

**Juan.** Voy a ver si los aparto.

*Sale GARR[ID]O.*

**Garrido.** ¡Ay, que me matan! ¡Favor!

**Juan.** ¿Qué has hecho?

*Sale TOMÁS.*

**Tomás.** Si he de matarle, 420  
aunque le defienda el sol.

*Sale MORALES y la IBÁÑEZ y otras.*

**Morales.** ¡Mira no te pierdas, Paco!

**Ibáñez.** Es mucho hombre mi marido  
para que Blas ni su amo [f. 15<sup>r</sup>]  
se burlen dél.

**M[a]r[tíne]z.** Poco a poco 425  
buenas gentes, y sepamos

- qué ha sido.
- Tomás.* Señor, por una porfía, ¿quánto le ha dado a Blas para mí?
- Juan.* Diez onzas.
- Garr[ido].* ¿No te las di?
- Tomás.* Vamos claros: 430  
¿diez duros?
- Juan.* ¡Cómo diez duros!  
Diez onzas de oro.
- Tomás.* ¡Ah, villano, (le agarra del pescuezo)  
gómitolas o te obligo a gomitara los livianos!
- Juan.* Pícaro, ¿qué es esto?
- Garr[ido].* Yo 435  
señor, cantaré de plano. Como, por estar ausente, no podía el Italiano venir para la academia, ofrecí, por no dejaros 440  
mal, con el permiso vuestro, traeros otro, ponderando su havilidad. Hablé a éste; vino! se salió del paso. [f. 15<sup>v</sup>]
- Juan.* ¿Y no le diste el bolsillo 445  
que te di?
- Garr[ido].* Se me hizo cargo de conciencia. ¿Con diez duros no estaba muy bien pagado?
- Paco.* ¡Y con menos, por mi voto!
- Juan.* Dale el bolsillo, villano! 450  
y ustedes vayan con Dios.
- Ibáñez.* Éste sí que es contrabando, (le coge)

- embustero. A Dos, señores,  
hasta otra vez. Vamos, Paco.
- Juan.* ¡Que a mí me suceda esto! 455
- Cor[onad]o.* ¡Ay! Aora que reparo:  
usted es lotero?
- Tomás.* Con mucha  
de la honra, y en jugando  
en mi puesto, aquel que acierta  
dos números saca un ambo. (vase) 460
- Rom[er]o.* No ha sido mal intermedio.
- Torr[es].* A mí por poco me ha dado  
una desgana del susto.
- Rom[er]o.* Y a mí una gana de darlos  
a todos de manotones. 465
- Nic[olas]a.* Don Jacinto, os acompaño  
en el pesar.
- Juan.* Yo lo estimo.
- Nicol[as]a.* Por un nobio es mucho chasco. [f. 16<sup>r</sup>]
- Todos.* ¿Qué, se casa?
- Nicol[as]a.* Con madama.  
¿No lo habían adivinado 470  
ustedes?
- Todos.* ¡Sea en hora buena!
- M[a]r[tine]z.* Tome usted esos dos quartos,  
señora, por la fatiga  
que en publicar se ha tomado  
el secreto. Sí, señores. 475
- ¿Es desatino el que hago  
en darle a mi hija?
- Ruano.* ¡No, a fe!
- Cor[onad]o.* Yo la tomara a dos manos  
si un hombre pobre pudiera

- vivir en Madrid casado.<sup>45</sup> 480
- Juan. ¿Dónde vas?
- Garr[ido]. A ver si ha vuelto  
ya del viage el Italiano.
- Juan. ¡Calla!
- Ros[ario]. Pues, ¿qué ha de volver?
- Juan. De aquí a tres días. Y aguardo  
que ustedes me favorezcan 485  
en mi casa a disfrutarlo  
y admirar un profesor  
de mérito.
- M[a]r[tine]z. Lo aceptamos. [f. 16']
- Juan. A todos os lo suplico.
- Paca. ¿Tenéis un canapé ancho 490  
y cómodo?
- Garr[ido]. Sí, señora;  
y ay un catre acomodado  
también para dormir.
- Paca. ¡Calle  
el bufón!
- Ros[ario]. ¿Qué estáis pensando, (*sonriendo*)

45. Cuando, «con el más decente sueldo», un marido no tenía bastante para vestir a su mujer, sobre todo si era «casquivana y amiga de seguir la moda», y a un hombre con escasos medios económicos se le consideraba un espantajo,

«a los ricos enfadoso,  
a la sociedad extraño,  
para cortejo impotente  
y para marido un asco»,

no debe maravillarse que Coronado, lo mismo que Chinita (CRUZ, *La boda de Chinita*) y Fabricio (CRUZ, *El majo de repente*), piense que casarse, siendo pobre, era dar pruebas fehacientes que los dioses

«.....a los maridos  
les dieron facultad de hacer milagros.»

(CRUZ, *El marido sofocado*.)

Es éste un concepto que en los sainetes de Cruz se repite frecuentemente. El censor, sin embargo, opinaba distintamente, pues en el manuscrito, ha borrado los dos versos.

- don Jacinto?
- Juan.* Estoy corrido, 495
- señora.
- Garr[ido].* Y yo estoy rabiando  
de que las cinco medallas  
de la partición bolaron  
si no acudo.
- Juan.* ¿Dónde vas?
- Garr[ido].* Si estoy aquí avergonzado, 500  
señor.
- Juan.* Más lo estarás luego. (amenazándole)
- Garr[ido].* ¿Por qué? (temblando)
- Ros[ario].* Ya estás perdonado.
- Garr[ido].* ¿Qué sabe usted? ¡Ah, ya me acuerdo!  
¿Qué genio tiene tan guapo  
mi ama!
- Juan.* ¿Qué haces bribón? 505
- Garr[ido].* Iba a besarla la mano. [f. 17<sup>r</sup>]
- Cor[onad]o.* ¿Y se acabó la academia?
- Rom[er]o.* Sí, señor, que ya están hartos  
de música seria todos.
- Paca.* Menos yo, que no me causo 510  
jamás de música, y más  
quando tocan un flautado.
- Ros[ario].* Pues, ¿qué hemos de hacer?
- Rom[ero].* ¡Por vida  
de todos mis mayorazgos...!
- Garr[ido].* ¿Qué juramento!... y no tiene 515  
calzoncillos.
- Rom[ero].* Que si agarro  
una guitarra he de hacer  
que se estén aquí baylando  
toda la noche!

Ros[ario]. Mejor  
parece que será entrarnos 520  
a tomar alguna cosa  
y prevenir entretanto  
una buena tonadilla.

Cor[onad]o. ¡Bello pensamiento!

Todos. ¡Bravo!

Ros[ario]. ¿Le aprueban ustedes?

Todos. Todos. 525

M[a]r[tine]z. Pues el tiempo no perdamos.

Ros[ario]. Y si esta idea no agrada, [f. 17<sup>v</sup>]  
¡paciencia!

Todos. Considerando  
que no siempre es el esmero  
consecuencia del aplauso.

FIN<sup>46</sup>

46. «Madrid y abril 21 de 1785. Visto, separando los sersos raia-dos dése licencia. Rubrica. Nos el Dr. Don Cayetano de la Peña y Granda Presv[íte]ro Vicario de esta villa de Madrid y su Partido: Damos li[cen]za para que el sainete intitulado el Italiano fingido, se pueda representar en los teatros públicos de esta villa [f. 18<sup>r</sup>] mediante haber sido por Nos visto y no contener cosa q[u] se oponga a N[uest]ra S[an]ta Fee y loables costumbres.»

«Madrid y Abril veinte y uno de mil setecientos ochenta y cinco. Dr. Peña. — Ante mí: Vicente Moracho. — Madrid, 21 de Abril de 1785.

Passe al R[erendí]simo P[adr]e Angel de Pablo Puerta Palanco y al corrector don Ign[aci]o López de Ayala p[ar]a su examen y ebaquado se traiga. Armona.

[f. 18<sup>v</sup>] He revisado el sainete antecedente titulado el Italiano fingido y enmendado como precede y arreglándose asimismo a la lizencia antecedente puede representarse. Así lo siento (salvo mejor fundado dictamen). — La Victoria de Madrid a 22 de Abril de 1785. Lic[enciado] Angel de Pablo Puerta Palanco.

Señor, he visto el saynete que precede y no hallo reparo que pueda estorbar su representac[ió]n, salvo, etc. — Madrid, 23 de Abril de 1785. Ignacio López de Ayala. Madrid, 24 de Abril de 1785.

Apruévase y representase. Armona.»